

experimentación: cada resultado era allí rigurosamente previsto y preparado. Prefería siempre el lenguaje de Wollaston al de Dalton en la doctrina de las proporciones definidas. De las tres partes en que se puede considerar lógicamente dividido el método de las ciencias físicas, la última, ó la comprobación práctica, era la que había cautivado su atención y la que lo tenía embargado del todo.

«Pero su papel principal entre nosotros fué el de un propagador infatigable, el de un Mesías que debía anunciarnos la buena nueva del cultivo efectivo y general de las ciencias que ponen la experiencia y la observación como criterio de toda aserción.

«Como propagador y vulgarizador, nuestro Leopoldo no tiene entre nosotros rival, y esto le da, en las circunstancias en que le tocó vivir, un valor más aquilatado, más precioso que si hubiera hecho dar un paso importante á la ciencia. La difusión de los conocimientos experimentales entre nosotros era una imperiosa necesidad, y Río de la Loza la llenó cumplidamente.

«La llenó en su laboratorio particular; la llenó en la clase de la Escuela de Medicina que se instituyó por él; la llenó en la Escuela de Agricultura, cuya cátedra de química aplicada estuvo á su cargo.

«La llenó cumplidamente en la Escuela Preparatoria, que tuvo la feliz honra de tenerlo como profesor desde 1868 hasta 1872, en que las exigencias de una penosa enfermedad le impidieron satisfacer los impulsos de su voluntad de hierro.

«La llenó en la cátedra de análisis química, que desempeñó todavía un año más en la Escuela de Medicina, á pesar de sus continuos sufrimientos físicos; la llenó, en fin, en todas partes. La cátedra fué, sobre todo, su principal teatro; allí, en su asiento, con el rostro enjuto y marchito; más por los padecimientos que por la edad, con su mirada inteligente y penetrante, que contrastaba con la esqualidez de su rostro, con aquellos ojos por los cuales parecía asomarse su alma vigorosa y activa, á lanzar un mentís excepcional al profundo aforismo de los antiguos: *Mens sana in corpore sano*; con la cabeza completamente inclinada para seguir una evidente curvatura dorsal; con los muslos fuertemente doblados sobre la pelvis; con las piernas íntimamente ligadas una con otra, retorcida la derecha sobre la izquierda como para reducir en lo posible las dimensiones materiales de su elevada estatura y concentrar en su cerebro toda su actividad vital; con una voz apacible, pero clara y sonora; con una